

Cuarto:

Con ser *Hombres a la deriva* uno de los libros más representativos de la poesía española del medio siglo, en la obra de Molina supone una cota inicial de aguda tensión que el poeta irá atenuando paulatinamente a lo largo de los años. Es como si hubiera arrancado con un tono forzado, demasiado alto para su complexión natural condicionada por estímulos coyunturales. La evolución poética de Manuel Molina nos induce a pensar que aquel primer alarde de incandescencia existencial no era el más acorde con el plectro [inspiración o estilo poético] del autor. Y sin embargo, este libro es, sin duda, el más impresionante y extraordinario de todos los suyos, el más universal, merecedor de ser leído y estudiado en relación con los mejores poemarios de su generación. Y ¡cuidado!, que no trato de insinuar que el poeta cumplió con su primera entrega y se sobrevivió después plácidamente. Todo lo contrario: Molina ha empleado cuarenta años de quehacer poético en depurar la expresión, bajando mucho el tono retórico y buscando en los asuntos más simples y frágiles, materia para elaborar una poesía que se trasluce en sencilla. Hay en ella una evolución consciente que, sin traicionar el carácter ético de sus libros primeros, busca instalar su inclinación natural hacia la nostalgia en la cotidianidad: su ternura se acrecienta, su sarcasmo se intelectualiza.

(Introducción a *Versos Escogido*, de Cecilio Alonso, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, Alicante, 1990, página 21.)

Quinto:

*HOMBRES A LA DERIVA*. Comentario de Celia Viñas.

Este libro no es el libro de un poeta al uso más claro. Este libro no es tan solo el libro de un poeta de palabras o de poesía. Es un hombre – nada menos que todo un hombre– el que escribe “HOMBRES A LA DERIVA”. Y el hombre no nos habla de las cosas –horribles o preciosas– de las que parlotean los poetas al uso y al abuso. Nos habla del hombre. De los hombres de hoy a la deriva. El, el hombre y el poeta, los mira desde la vuelta de su carretera –una difícil ribera lírica donde los

instrumentos, las mareas, el trabajo sustituyen la hermosura de la playa frente al mar libre, conchas, corales, arena– y grita por el hombre y su libertad. La esencia. Como grita el hombre de la orilla ante el naufrago en el horizonte. Construyó caminos hasta hoy Manuel Molina y quien construye caminos en la tierra tiene que escribir de manera profundamente seria y sentida. De una manera dramática y severa. Serenamente, en amplio dolor que se hace inteligencia. La ascética del trabajo fortalece el músculo y el alma del autor. Hombre al aire libre, que convivió con el obrero y ordenó su trabajo, frente a la naturaleza dura y amplia, nunca cantará la alcoba de la mujer y el narcisismo del propio espejo. Cantará a los hombres en su primer libro de empuje escrito con las manos anchas de la honradez de los oficios medievales y modernos, hoy que Molina vive entre libros leemos su obra de construcción como en un campo a lo Walt, el americano, más que un canto filial de Alexandre.

“Este es mi primer libro. Un libro, elemental y rudo, como yo quisiera ser”. “Mi obra está consagrada al hombre”. Pertenece esta obra a un neohumanismo que vemos como se va arquitecturando entre tanta poesía de sauce Morón, tremendismo de efecto y demás aproximaciones. Lo que llamaríamos poesía de “accésit”. De algo a lo que no se llega. Que no se alcanza. Esta poesía que quiere sustituir la fuerza contenida de la poesía en semilla apretada, por la longitud de caña de versículo roto en paralelismos antitéticos... –Dulce flautistas ¿soliezan? en las cañas de los pastores solos–. La hermosura de la obra no puede ser sustituida por la intensidad del lamento, del lamento más o menos sincero. Y no. Aquí está el poema que debe construirse como se construye una carretera o un puente. Como se construye una casa o un molino. Por él deben caminar los hombres o moler en él, el pan de su hambre. Si así no fuera –versos a la deriva– las palabras serían una hermosa y repugnante mentira.

Es el hombre que canta y se canta. No se encanta. Para encantadores de serpientes hay que admitir la flauta oriental y la existencia de los que se arrastran. Aquí humano y religioso, el poeta, el hombre sólo canta al hombre y a Dios. Y el hombre que canta a Dios y se canta a sí mismo como criatura de Dios es un hombre bueno. Y un buen poeta. No nos extraña la dedicatoria a Antonio Machado. No lo hemos dado ni un momento. “Hay que poner el corazón en los más alto...[poema 1, v.8] en voluntad de enamorado” [poema 1, v.10], “ganar la majestad de la entereza/ con el solo de Dios en nuestras venas” [poema 1, vv. 12-13]. Está dicho todo en la primera página del libro. Pasemos a la segunda:

¿ser o no ser? Ser hombre. He ahí la solución única que admite Molina ante el problema de vida y poesía.

Lo dramático del libro no está en el grito o el lamento, está en la certidumbre generacional de que el hombre es un autómatas sin sangre y el poeta murguista... cuando el hombre no tiene amor. “Horas es ya de que venga el vigilante/ y disperse la murga...” [poema 3, vv. 16-17] ¿No recordamos a don Miguel de Unamuno? Los hombres deben madrugar, irán a la labranza, forjarán el hierro, afinarán el corazón de la madera, construirán una carreta ancha, hermosa... ¡Qué se calle la murga y les deje dormir ¿Cómo lograr este maravillosa madrugada, esta alborada sin lírica y sí con poética, este amanecer? ¿Cómo evitar el barro, la taberna, el tabaco, la cloaca, la baraja, el gusano, el mendrugo, la mentira? El hombre puede caer en la miseria de la ciudad o en el dolor de la soledad –los amigos se fueron– ¿qué hacer? Volver al principio:

“es preciso volver a la partida  
al origen primero, aquel estado  
donde aún el amor era vida”.

[soneto 9, 2º terceto]

La solución, más que social es teológica. Necesita el hombre encontrar el “corazón de la tierra” [soneto 9, v. 9], encontrarse con Adán en su inocencia, en su Paraíso. Y si Molina vive en mundo que grita, ¿...? donde como una enorme escoria –son sus palabras– “viven los ángeles del luto” [soneto 11-2, v. 1] tiene no obstante, toda la gallardía del superviviente. Del que lo puede contar.

Así, en la segunda parte cambia de ritmo y hay una clara esperanza:

“me sé todo el lenguaje de los ángeles  
he aprendido a cantar con las estrellas  
donde el amor era la vida”.

[poema 19, vv. 9-12 *Hombres a la deriva*]

También la belleza forma del verso se aprieta y cuaja como una fruta en su primera sazón “Cada palabra tiene su estatura” [soneto 24, v.9] y brilla en la vida del poeta “un pájaro de cielo” [soneto 29, v. 2] . Sobre el hombre lo que un día de su vida vale, lo que:

«tiene de sal, de sangre y de percha  
“tiene de magnitud tiene de hondura  
En el latido cósmico del tiempo”»

Los versos últimos de poema 31, está incorrectamente copiados, aparecen así:

No es posible que sepan lo que un día  
tiene de magnitud, tiene de hondura,  
tiene de sal, de sangre y de percha  
en el latido cósmico del tiempo.

Sólo un hombre escribe así su poesía. Dramática y serenamente. Un hombre que aquí, en la portada del libro, se llama: Manuel Molina.

CELIA VIÑAS

(Publicado en la revista “Balears” Palma de Mallorca en 1952 y en “Yugo” de Almería. Crítica de Celia Viña facilitada por Cecilio Alonso, es una fotocopia en la carpeta epistolar de Galera Noguera.

Datos biográficos:

Celia Viñas Olivella (Lérida 1915-Almería 1954). Profesora y escritora. Asistió desde muy pequeña a las clases de la Escuela Aneja de la Normal de Magisterio de Lérida, donde su padre, Gabriel Viñas Morant, era profesor de Pedagogía. Cursó el bachillerato en Palma de Mallorca, destacando entre sus profesores el catedrático Gabriel Alomar, quien, a través de sus clases de Historia de la Literatura y Prácticas de Castellano, marcó su afición literaria y «*decidió su vocación profesional a los doce años*». Estudió en la Universidad Autónoma de Barcelona. Tras todos los avatares de la Guerra Civil, se gradúa en Filosofía y Letras en 1941. En marzo de 1943 llegó al, entonces, único Instituto de Almería, la actual Escuela de Artes, tras haber obtenido el número uno por unanimidad en las oposiciones a seis cátedras de Lengua y Literatura de Enseñanza Media, a pesar de las fuertes presiones que recibió el Tribunal para que no las sacase. Se casó con Arturo Medina.

Posible sexto:

En una carta de fecha 2 de diciembre de 1950 de Juan José Esteve a Molina, dice: «El artículo de Vicente no lo he visto todavía en el periódico». El autor de este libro lo ha buscado en la hemeroteca del diario Información de esas fechas, y no está en el microfilm que se halla en la Biblioteca Provincial de Alicante, del Paseo Ramiro. El Archivo de Vicente Ramos en Guardamar se encuentra cerrado. (Abril 2017)